

REVISTA

CIENTIFICA Y LITERARIA

DE LA

UNIVERSIDAD DEL AZUAY

NUMERO 15- AGOSTO-1891

SUMARIO:

- I Necesidad de la fe para la educación..... Dr. Joaquín Martínez T.
II Velada literaria.....
III Solemne distribución de premios
IV Mi último romance á María
[poesía)..... Nicanor Aguilar.
V Gazul (drama)..... Octavio Cordero.
VI Boletín Universitario.



CUENCA

IMP DE LA UNIVERSIDAD DEL AZUAY.—POR MIGUEL VINTIMILLA.

ECUADOR

REVISTA CIENTIFICA Y LITERARIA

DE LA

UNIVERSIDAD DEL AZUAY

AÑO 2° }

CUENCA, AGOSTO 31 DE 1891.

{ NUM. 15

NECESIDAD DE LA FE PARA LA EDUCACION.

Discurso pronunciado por el Presbítero Sor. Joaquín Martínez T. con motivo de la Solemne profesión de Fe, celebrada en la iglesia Catedral.

SEÑORES:

Habréis observado algunas veces, cómo caminan los proscritos hacia el lugar de su destierro: ya se encuentren en una llanura, ya en una elevada cima, siempre vuelven su melancólica mirada hacia la patria que les vió nacer y hacia el hogar en donde se mecía su cuna. La humanidad, señores, es también un proscrito, que lejos de su patria, vuelve su inquieta mirada al pasado, queriendo investigar en él los secretos del porvenir. Pero ella desgraciadamente delira con una patria imposible, patria fría, dura y extraña como la felicidad terrestre á la cual aspira. Si el hogar que guarda la cuna de la infancia, es el poderoso imán que atrae al corazón del desterrado, el mismo debe ser, para la humanidad, el lazo que uniendo su pasado y presente, le disponga para el porvenir. Sí, señores; entre el punto de partida y el término, entre el origen y el fin, se halla el espacio que llamamos vida humana. Nuestra cuna se mecía al soplo de las perfumadas brisas del Edén; de élla hemos aprendido á conocer, perseguir y amar nuestro destino. La caridad de Dios fué nuestra nodriza en el paraíso de la inocencia, es ella precisamente quien nos guarda, de pié junto á nuestra cuna, para estrecharnos á su corazón, cuando hayamos regresado de nuestro destierro. ¡Abancemos, señores; abancemos!

Buffon dijo: *El estilo es el hombre*; yo, hablándoos en nombre de la verdad, os digo: la educación es el hombre; la educación es el alma, el principio

de la vida del hombre y de la sociedad. Existen hombres perversos, porque existe también una educación *liberal* y *anticristiana*; existen hombres buenos y honorables, porque existe también una educación que se llama *cristiana* y *católica*. ¿Cuál de estas dos educaciones nos pertenecerá? ¿Cuál de estas dos liga el porvenir de la humanidad con su pasado? Proscritos que me escucháis, volved vuestra mirada á la cuna que abrigó vuestra infancia: hemos venido de Dios, y El nos espera en la eternidad, término de nuestro destierro. Sólo la educación cristiana que nos dará vida cristiana, es, pues, el lazo que une nuestros destinos con Dios; por consiguiente, la educación anticristiana, léjos de perfeccionarnos, nos destruirá, como se despedazan esos aereolitos que, fuera del centro de atracción, buscan los abismos para sepultarse en ellos.

En este momento debo hablar á vosotros, hombres científicos, encargados de la educación del hombre; y á vosotros, jóvenes y niños que buscáis la educación; esta empresa que Femelón la juzgó difícil, es casi imposible para mí; y si no confiara en Dios, que se vale de lo humilde y débil para sus designios, y en vuestra conocida benevolencia, no me atrevería á molestar vuestra atención, tratando de manifestaros la necesidad de la fe para la educación.

I.

El hombre, señores, se halla adornado de tres grandes facultades: la de conocer, qué llamamos entendimiento, la de querer, llamada voluntad, y la de inclinarse ó no hacia tal ó cual objeto, conocida con el nombre de libertad. Esto supuesto, como la educación es una obra que desarrolla y perfecciona al hombre, claro está que la acción de esa obra no ha de recaer en el cuerpo, puesto que él se desarrolla con solas las fuerzas de la naturaleza, sino en el alma, es decir, en el centro de vida en donde residen esas facultades denominadas inteligencia, voluntad y libertad; por consiguiente, el trabajo de la educación debe consistir en elevar la inteligencia perfeccionándola, en atraer la voluntad cautivándola y en señalar á la libertad el sendero del bien, haciéndola caminar por él. Esta es la obra de la educación, y para realizarla, sólo necesita dirigir á la inteligencia, porque la voluntad y la libertad son potencias ciegas, según nos lo enseña la Filosofía, potencias que se inclinan sumisas ante aquello que el entendimiento les presenta como bueno, y que rechazan lo que el entendimiento no acepta, ó conoce ser malo.

Pero es cierto, señores, que la educación para obrar en la inteligencia, necesita dar á ésta una base de apoyo, base sobre la cual pueda germinar, para emprender después, con el transcurso del tiempo, camino del raciocinio y del discurso, ya sea siguiendo el método analítico ó el sintético. Así como el corpulento cedro necesita profundizar más sus raíces en la tierra mientras más quiera elevar sus ramas y follaje, así la inteligencia, avanza más allá, mientras la base sobre que descansa es más sólida; y sabéis, señores, lo que constituye la base de la inteligencia? Esa base, ese cimiento está formado por los principios que el entendimiento acepta en su infancia sin discutirlos ni disputarlos. Todo

hombre en la niñez tiene necesidad de creer para llegar después á discurrir y saber; y á proporción de sus principios de fe será también su sabiduría posterior: esta es la ley absoluta é inmutable que sigue el entendimiento en su desarrollo. En efecto, la inteligencia humana, en su infancia, se halla incapaz de raciocinar; no puede por tanto adquirir la verdad sino por medio de las creencias enseñadas, ya sea por la autoridad paterna ó por la autoridad del maestro; y en cuanto á este punto creo no habrá uno solo que piense de otro modo. Pero hagámonos una objeción: supongamos que un niño no habiendo aprendido nada en su infancia, haya llegado ignorante al pleno uso de su razón: ¿cómo emprenderá éste su educación? ¿por la fe ó por el raciocinio? De nuevo insisto, señores, en mi idea; seguirá el camino de la fe, so pena de quedarse al nivel de los brutos, obedeciendo al instinto. En verdad ¿cómo se puede ni siquiera imaginar que aquel niño empiece á discurrir sin principios fundamentales? Aquí, entre los que me escuchan, hay filósofos: digan ellos si es posible raciocinar sin esos principios llamados axiomas; y los axiomas, como sabéis muy bien, son verdades que se creen y aceptan sin discusión ni raciocinio. Acaso replicaréis: esos axiomas son tan evidentes que no necesitan de pruebas, y es imposible remontarse más arriba de ellos. Señores, la verdad no tiene columnas de Hércules; escuchad como discurre Lacordaire acerca de este asunto. "Llegada la ciencia á un punto en que su impotencia la detiene, os grita: Alto ahí; pero la verdad no os dice que os detengáis en ninguna parte; la verdad es como un río que desciende al océano, y los vapores que emanan del océano se remontan á su nacimiento para alimentarla, de modo que sea en su nacimiento, sea en su embocadura, siempre se encuentra el océano todo entero. Y nosotros, colocados en nuestra navicilla intelectual, remontamos el curso del río y lo descendemos; pero por una parte hallamos, como cataratas intransitables, esos axiomas que nos estorban ir más arriba, hacia el origen de la verdad, y por otra descubrimos el océano de lo infinito, á través del cual no osamos seguir las consecuencias de aquella. Dondequiera y siempre, al principio y al fin, la luz que ilumina la sombra, la sombra que oscurece la luz, el camino y el límite, la ciencia y la fe".

Ved, pues, señores, como es indispensable creer para raciocinar. Pero alguno me dirá: es cierto que necesitamos creer en algunos principios, más esto no obsta á que discurramos con solas las ideas tomadas del mundo visible. Es evidente, señores, que el mundo visible nos suministra abundante caudal de ideas, para formar nuestros juicios; pero los fenómenos que percibimos en la creación, tienen su razón de ser en una causa oculta de la cual dependen, y esa causa nos es conocida con una fe natural; por ejemplo, conocemos la existencia de los cuerpos, mas no percibimos en ellos sino su cantidad, calidad, figura, color &; y el fundamento de estas propiedades, su razón de ser, que es la sustancia del cuerpo, nos es desconocida; y apesar de esto creemos en la sustancia sin haberla visto jamás. Es por esto que exclamaba el ilustre Laplace: "La naturaleza íntima de los seres nos será siempre desconocida. La naturaleza de las fuerzas es y será siempre un misterio, sólo se pueden determinar sus efectos y las leyes de su atracción". "El nacimiento de los seres, dice también el sabio Cuvier, es el mayor misterio de la economía orgánica. Los vemos desarrollarse en la

naturaleza; pero no formarse". Si, señores, sin creencias, sin fe acerca de algunas verdades, nunca puede la inteligencia humana arribar á la ciencia y á la sabiduría; por esto San Agustín decía: "Creemos para conocer, y no conocemos para creer; la fe consiste en creer lo que no se ha visto, y por ello su recompensa se halla en ver lo que se ha creído."

II.

Os he manifestado la necesidad de una fe natural aun para adquirir los conocimientos puramente humanos; pero no basta esa fe natural: para la verdadera educación es necesaria la fe sobrenatural. Para que la educación merezca el nombre de tal, es menester que ella opere sobre todo el hombre, es decir, sobre todo lo que constituye esencialmente al hombre, tanto en sus facultades, como en sus inclinaciones. El hombre además de inteligente y libre es también religioso, es decir, tiene en sí una fuerza que le arrastra y obliga á postrarse delante de la Divinidad; y esta fuerza es tan poderosa que á su imperio obedecen sumisas la inteligencia y la voluntad humanas. Ahora bien ¿cómo podrá la educación llenar su cometido, si acaso descuida perfeccionar á esa potencia reina, que impera en todo el hombre? De ningún modo, señores; dado caso que una educación cualquiera no sea religiosa, esa educación no merece el nombre de tal, porque élla formará bárbaros, y tanto más terribles, cuanto más se haya descuidado su religión. Tiberio, Nerón y todos sus secuaces hasta Marat y Robespierre, fueron también educados, pero por desgracia, se cuidó lo bastante de su inteligencia y se olvidó su parte moral, por eso crecieron y murieron sin corazón. Inútil me parece insistir en este punto, pues, basta registrar ligeramente la historia para conocer la necesidad de que la educación sea religiosa, so pena de que el hombre quede incompleto.

Mas si la inteligencia necesita de una base, fundada en principios indiscutibles, aun para su desarrollo puramente natural, es indispensable que esa base sea más sólida y profunda, cuando se trata de su perfeccionamiento religioso; y esa base no puede ser otra que la fe sobrenatural. Si, señores, el hombre que desee educarse conforme á las exigencias de su naturaleza, debe creer en Dios, admirar sus atributos, adorarle, y aceptar todos los dogmas que dependen de la esencia, justicia, sabiduría y providencia infinitas; sólo cuando el alma reposa sobre estos fundamentos es capaz de desafiar á la naturaleza, al tiempo y á la ciencia; porque todos los secretos de la creación y de la sabiduría se descubren y manifiestan ante la luz que esplende el Credo del cristiano, apoyado en la verdad del Verbo divino, que es luz que ilumina toda inteligencia.

Acaso alguno replicará: estamos de acuerdo sobre la necesidad de la religión para la educación; mas ¿cuál religión deberá ser preferida? A eso voy, señores. Una vez que os he demostrado la necesidad de la fe como fundamento de la educación, fácil nos es conocer la religión que debe guiar los actos humanos. Esa religión no puede ser otra que la Cristiana, porque solo élla engendra y prescribe la fe. Ya sea que el niño escuche las lecciones de Platón ó Sócrates, de Descartes ó Malenbranche, de Voltaire o Rousseau, de Fourier ó Sain Simon,

aprenderá siempre á no tener fe, ó á huir de la que recibió de labios de sus padres; porque los unos le abandonarán sin principios ciertos, los otros enseñaránle á dudar, y los que más le inducirán á proferir los denuestos del renegado; y en todo caso el niño se verá privado del fundamento esencial para su perfeccionamiento, y poco le importará á ese joven griego el haber recorrido, en la nueva Atenas, del Pórtico al Liceo, del Liceo á la Academia, porque, al morir exclamará con Barthez: "Muerdo sin conocer la verdad, pues, á la verdad se va por la fe, y yo no abrigué la fe durante mi vida".

No basta, señores, que la educación cuide de cimentar la fe en los primeros años de la vida del hombre; para que su obra sea durable, es necesario que, durante todo el tiempo de la formación del hombre, desarrolle y fecundize esa fe salvadora. En verdad, es tál la relación que existe entre las ciencias y la fe, que nunca pueden permanecer refidas ni separadas, y el que enseña las unas debe de apoyarse necesariamente en la fe; de otro modo, enseñará el error, y matará las inteligencias que se le hubieren confiado. Los argumentos que todos los días nos presentan la Filosofía, la Astronomía, la Jurisprudencia, la Geología, las Matemáticas, &, contra la religión Cristiana, prueban, una vez más, la intrínseca relación de las ciencias con la fe. Los falsos sabios que, en nombre de la ciencia, tratan de introducir el desacuerdo y la contradicción entre una y otra, negando los misterios de Dios, los misterios del mundo y los misterios del hombre, nunca serán verdaderos sabios. "Su ciencia es, como dice un célebre escritor, una ciencia loca, es la ciencia de la locura ó de la decrepitud, la chochez de la sabiduría, el idiotismo científico". Si, señores, tenedlo entendido, la ciencia que niega el misterio es una demente que llega algunas veces á hacerse ilustre á fuerza de paradojas y de audacia; pero no por eso deja de estar demente, y en fuerza de su vértigo y de su sinrazón, se asemeja á los locos letrados de Vicetre y de Clarentón, que dicen en su maniático orgullo: "Yo lo sé todo: yo lo comprendo todo: yo soy la ciencia: yo soy el Espíritu Santo: yo soy Dios".

III.

Hasta aquí, señores, os he hablado con razones intrínsecas; permitidme ahora aducir razones extrínsecas, de autoridad. Platón al hacer reminiscencia de las leyes que había formado para su patria, se complace sobremanera de la ley que diera, proscribiendo á los poetas de su tiempo; porque decía: "No consistiendo el talento de los poetas mas que en imitar y en mentir, su lectura no produce otro resultado que corromper el espíritu y el corazón de los ciudadanos, impidiendo su educación". El Príncipe de los filósofos latinos pensó también del mismo modo, y así nos dice: "Nuestros maestros de literatura son los que nos pervierten, llenando nuestros espíritus de errores tales, que la verdad se ve obligada á ceder el paso á la vanidad, y los sentimientos más legítimos de la naturaleza al torrente de la opinión. . . . Sólo la religión lo pone todo en movimiento. Es como el alma del cuerpo político; es un freno que contiene al pueblo, y modera la autoridad del soberano". "La ignorancia del verdadero Dios, exclama Plato, es la peste más peligrosa de todas las repúblicas. Quitar la religión es destruir en sus

fundamentos toda sociedad humana". Plinio más explícito que los anteriores, exclama á su vez: " Los hombres nada emprenden con sabiduría y prudencia, sin las luces y auxilios de un Dios inmortal; por eso la oración debe preceder á todas nuestras acciones". Para terminar con las autoridades paganas, escuchad solamente estas hermosas palabras de Jubenal; " El niño es un ser sagrado, á quién debe atenderse con el mayor celo, y rodearle de un repeto religioso".

Ya que habéis oído el testimonio de algunos ilustres paganos, escuchad ahora como han hablado los Padres de la Iglesia, acerca del asunto que nos ocupa. San Clemente de Alejandría ha manifestado en estas pocas palabras cómo los primeros cristianos educaban á sus hijos: " Principiamos, dice, por la verdad que borta de la enseñanza de la fe, por ser élla el alimento sustancial, indispensable á la vida del espíritu. Por lo que hace á la erudición profana, considerámosla como manjar regalado, que en manera alguna es necesario para vivir". San Jerónimo exclamaba á su vez: " La verdadera fe es la columna de la república, lo mismo que de la Iglesia; la infidelidad y la heregía son las más terribles enfermedades que pudieran afligir á una y otra; porque ninguna república puede subsistir sin la obediencia de los ciudadanos á las leyes, y esta obediencia es la verdadera fe quien la inspira, la heregía la mata ". San Ambrosio, al enseñar al emperador Valentiniano, le decía: " La religión es la cumbre de la grandeza, la fe es el colmo de lo sublime; sólo por la fe seréis verdaderamente sublime, y por la religión verdaderamente grande ". San Agustín, erudito á carta cabal, que colocó sobre sus cienes los laureles de la más alta sabiduría, nos ha dejado esta memorable sentencia: " La verdadera ciencia emana de la fe; la fe es la condición absoluta de la ciencia ".

Nunca acabaría si quisiera citaros á todos los Padres de la Iglesia; más para concluir, escuchad solamente la opinión de tres hombres que no pueden ser tachados de parciales. Napoleón I. reprobando el método de enseñanza de su tiempo, decía: " Observad por un momento la torpeza de los que nos forman; deberían alejar de nosotros la idea del paganismo y de la idolatría, porque su absurdo exita nuestros primeros razonamientos y nos prepara á resistir á la creencia pasiva. Tal ha sido exactamente la marcha que ha seguido mi espíritu; yo he necesitado creer, y he creído; pero mi creencia se ha visto contrariada y ha sido incierta desde que he sabido discurrir, y esto me sucedió desde muy temprano ". El famoso impío D' Alambert dijo también á Voltaire, en una ocasión que departían familiarmente: "Buena almohada es la razón para descansar la cabeza; pero es muy superior la fe cristiana ". Finalmente, Víctor Hugo, condenando la mala educación decía: " Si la literatura del gran siglo hubiese invocado al Cristianismo, en vez de adorar á los dioses paganos; si sus poetas hubieran sido lo que eran los de los tiempos primitivos, sacerdotes que cantaban las grandezas de su religión y de su patria, el triunfo de las doctrinas sofísticas del siglo último hubiera sido talvez imposible. Pero la Francia no tuvo esa dicha; casi todos sus poetas nacionales eran poetas paganos, y nuestra literatura era más bien idólatra y democrática. Por eso los filósofos lograron, en menos de un siglo, arrojar de sus corazones una religión que no estaba en los espíritus".

IV.

He concluído, señores, mi tarea. Os he manifestado la necesidad de la fe para la educación, con razones intrínsecas, deducidas de la naturaleza misma del hombre, y con razones extrínsecas, tomadas de autoridades nada sospechosas. Bien hubiera querido entrar en el terreno de los hechos históricos, pero me basta indicaros, consultéis al sabio Cantú sobre la causa de los trastornos y revoluciones de Inglaterra, Francia, Italia, Bélgica y Babiera en los dos últimos siglos.

Señores, á vosotros os ha tocado la delicada misión de educar al hombre; educadle sobre la fe; sólo así os conservaréis á la altura de vuestro destino. No olvidéis que el maestro debe al niño, confiado á su cuidado, doctrina, amor y buen ejemplo: y estas obligaciones no podréis ponerlas por obra, sino soís prácticamente cristianos. Si descuidáis estos sagrados deberes, lejos de formar la imagen de Jesucristo en el alma del niño, formaréis la de Satanás; y cuando el tiempo haya transcurrido, al ver la generación venidera la herencia de los nuevos jacobinos, montañeses y girondinos, educada por vosotros, os maldecirá y llamará á juicio. Enseñad como Jesucristo, alimentando el corazón con la moral, y nutriendo la inteligencia con la fe; sólo así os bendecirá la posteridad. Voltaire exclamó una vez, en presencia de los que le rodeaban: " El talento corrompido nunca puede ser sublime "; yo añadiré á esto: el talento sin fe tiene de ser siempre corrompido.

J. M. T.